

HECHIZOS

(Ganador categoría juvenil)

Sara Dueñas Maíllo

En realidad, no odiaba tanto la asignatura. Si miraba el papel lleno de números que reposaba frente a mí con odio era por la cantidad indecente de deberes que nos habían mandado hacer sólo esa semana. Pero la asignatura era entretenida, si se enseñaba bien.

Era la última operación que me quedaba. La raíz cuadrada de cuatro por tres dividida entre cinco. Daba como resultado un cero seguido de una larguísima fila de decimales, que apunté con mi tinta favorita, de color morado brillante. En seguida, apareció ante mí una esfera de luz. Eso significaba que lo había hecho bien, de lo contrario la operación probablemente habría explotado o se habría convertido en ácido. Una vez pasó en mi clase lo primero, y tuvieron que evacuar la escuela entera. Aún me entran escalofríos cuando recuerdo ese día.

Toqué la esfera con la mano para ver qué tipo de encantamiento se invocaba con esa operación. Dentro de ella apareció una nítida imagen de mis padres, que estaban haciendo las compras. Era un hechizo de visión, entonces. Las operaciones que incluían raíces cuadradas solían serlo.

Con un bostezo, me separé del hechizo y salí de mi habitación, dirigiéndome al cuarto de mi hermana. Al igual que yo, ella empezó estudiando magia matemática, pero, con el tiempo, fue inclinándose más por la magia lingüística, y ahora está buscando una manera de mezclar ambas.

–¡Mira!– me dijo al verme. –Ya casi lo tengo. Creo que sí mezclo la multiplicación con la sintaxis...

Le sonreí con ternura y estuve a punto de decirle que se fuese a la cama, pero, en ese momento; se oyó una explosión y la calle se iluminó con el fulgor del fuego. Preocupadas nos miramos la una a la otra, y salimos corriendo para ver qué había pasado. Lo que había explotado era el instituto,

y los camiones de bomberos ya estaban allí.

–¡"Fuego" es un sustantivo! – gritó uno, mitigando un poco las llamas.

–¡Cinco más treinta y dos es igual a treinta y siete!– exclamó otro. Las sumas solían usarse para resolver desastres.

Buscando más información sobre qué pudo pasar, dimos la vuelta al edificio en llamas. En una esquina vimos agachada a la jefa del cuartel de bomberos, así que, movidas por la curiosidad nos acercamos y miramos por encima de su hombro.

En el suelo, escrito con tiza, se leía que equis al cuadrado entre dos era igual a dos por tres. Debajo habían escrito otra equis y un igual, como si alguien hubiese estado a punto de poner la solución, pero no lo hubiese hecho. Nos quedamos lívidas. No sólo era una ecuación con una incógnita, sino que además estaba incompleta. Eso era casi peor que hacerlas mal. Además, las ecuaciones con una incógnita eran mayoritariamente utilizadas para la destrucción, por la agresividad de los hechizos que producían. El fuego no iba a apagarse fácilmente.

Pero ¿quién iba a querer destruir la escuela? A todo el mundo le gustaba ese edificio, y era respetado casi como algo sagrado. Además, nos preparaba a los jóvenes, al futuro de la nación. A todo el mundo le venía bien que las nuevas generaciones estuviesen bien preparadas si querían jubilarse algún día.

Aún conmocionadas nos separamos de la jefa de los bomberos, que, en ese momento estaba corriendo a avisar al resto, y nos dirigimos hacia nuestra casa. Tomamos un atajo por un callejón sin farolas y poco concurrido (no estábamos seguras de si no tenía farolas porque iba poca gente por ahí o si iba poca gente por ahí porque no había farolas). Por la falta de luz, decidí dibujar con un bolígrafo, que siempre guardaba en mi bolsillo, un círculo con un radio de tres centímetros en el dorso de mi mano, pues no tenía ningún otro sitio donde dibujar. Después, calculé el área (el número π por el radio al cuadrado, que, en este caso me daba, aproximando, veintiocho coma veintisiete centímetros cuadrados) y la apunté dentro del círculo.

En cuanto terminé de apuntar el último número, el círculo se iluminó en mi mano como una linterna. Mi hermana, por su parte, había escrito en su propia mano, ella en la palma, que la palabra “luz” venía de la palabra latina “*lux*”, haciendo que se iluminase el texto. Dirigimos nuestras linternas mágicas hacia el suelo, reventado y levantado en algunos puntos, y en seguida vimos huellas extrañas entre el polvo. Habían sido dejadas por alguien cuyas suelas tenían el dibujo en relieve de una estrella de doce puntas que, utilizaba el dodecágono que se formaba en su interior para formar otra estrella de doce puntas, y así eternamente. Conocíamos ese símbolo. Pertenece a un famoso (y peligroso) culto de la ciudad, en el que se adoraba a una tal doña Agustina, madre fallecida de quien fundó el culto, asesinada por la amante de su esposo. Era una historia muy larga.

El caso es que ese culto se dedicaba a cometer crímenes varios, alegando que, si el gobierno no protegió a doña Agustina entonces no le debían nada al gobierno, y no tenían que acatar sus leyes. Aun así, nunca habían llegado tan lejos como para destruir una escuela entera, poniendo en riesgo la vida de muchísimas personas. Había gente que dormía en el edificio.

Con el corazón latiendo a mil por hora nos miramos y, tal vez a través de nuestra conexión de hermanas, decidimos conjuntamente que debíamos salir de allí. Nos dimos la vuelta, dispuestas a salir corriendo, cuando, de pronto, divisamos una figura envuelta en una capa oscura, con el medallón brillante de la estrella de doce puntas infinita colgando de su pecho. La figura estaba relativamente lejos, así que, mientras se acercaba me dio tiempo, por muy poco, a dibujar un pentágono a nuestro alrededor y apuntar rápidamente su perímetro (cinco multiplicado por la longitud de uno de sus lados). La persona encapuchada se golpeó contra mi hechizo de protección y retrocedió unos pasos, aturrida, momento que aproveché mi hermana para gritarle:

–¡“Atacar” es un verbo de la primera conjugación en infinitivo!

La figura fue echada violentamente hacia atrás, sacándola de nuestra vista. Deshice el pentágono y salimos corriendo, con la persona pisándonos

los talones. Tan asustadas estábamos que no nos dimos cuenta de que habíamos llegado a un callejón sin salida y aquel ser humano nos tenía acorraladas. Nos miramos, con el pavor pintado en nuestras caras, y nos pusimos de acuerdo. La conexión de hermanas de nuevo.

–¡Cinco!– grité yo

–¡"Cinco" viene la palabra en latín *quinque*! – exclamó ella

–¡Sumado!

–¡"Sumado" es un verbo de la primera conjugación en participio!

–A– dije yo, ahora con más seguridad y sin gritar al ver que lo que estábamos haciendo funcionaba.

– "A" es una preposición– replicó mi hermana, también ganando valor.

–Tres.

–Que viene de la palabra "*tréyes*", en protoindoeuropeo.

–¡Da como resultado ocho!

–¡Esa es una oración simple! – terminó mi hermana, y el extraño sujeto desapareció.

Nos miramos sonrientes. Lo habíamos hecho, habíamos mezclado magia matemática y magia lingüística y habíamos vencido. Esa noche, nos fuimos a la cama con la sensación de haber hecho algo bien, algo bueno. A mí la sensación me duró hasta la mañana siguiente, en la que me encontré en un cuarto oscuro con una nota al lado que rezaba:

"Métete con nosotros y verás las consecuencias".

En la pared del fondo se distingue una estrella de doce puntas infinita, señal del culto de doña Agustina. No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero sí sé que sigo teniendo mi bolígrafo y que voy a quemar este edificio hasta los cimientos. Ojo por ojo, y escuela por cuartel general.